

Katalin Kulin

Los dos mundos del *Quijote*

No soy experta en cuestiones cervantinas. Tan sólo me atrevo a hablar como una lectora un tanto culta. En esta calidad permítanme que escoja dos distintos modos de aproximación al arte cervantino. La primera sería desde una visión científica de nuestro universo.

Los dos mundos: el de don Quijote y el „real” son incompatibles. La confrontación no se reduce a la del mundo circundante y del protagonista sino también a la de don Quijote y de Alonso Quijano. El misterio del arte cervantino se debe al hecho que sus lectores, aunque todos pertenecemos al mundo real, seguimos buscando justificación para la actitud de don Quijote al ponerla en acuerdo con las ideas de Cervantes y de nuestras experiencias.

Esta empresa parece estar condenada al fracaso inevitable. Los dos mundos tienen leyes distintas. Aplicando una fórmula de una nueva teoría científica, la caología las leyes de uno no son válidas para el otro por tener distintas escalas. La caología, ha descubierto que ciertos fenómenos no obedecen a las leyes newtonianas consideradas como válidas a todo el universo. El normal procedimiento científico califica válida una ley si permite predecir la dirección de un proceso. La validez universal de las leyes fue posible gracias a la reducción de los fenómenos a su forma excluyente de toda complejidad perturbadora. Por ejemplo: al medir la frontera de un país aplican una reducción y no entran a calcular las pequeñas curvas de un litoral. Si las tomaran en consideración o sea aplicaran otra escala en la medición, recibirían un número enormemente distinto para la longitud de la frontera. Un fragmento donde se cambia la escala se llama fractal.

Por supuesto no es mi tarea - ni soy apta para hacer bien tal compendio - hablar sobre la caología. No obstante estoy convencida que una nueva concepción del universo no se queda sin consecuencias sobre la interpretación del arte. Por ello me parece justo buscar en las obras literarias y por lo tanto en el *Quijote* también las huellas de la discontinuidad, la igual validez del orden y del desorden, la fertilidad de este en la creación, la imposibilidad de votar por el determinismo o por el azar, de encontrar la palabra definitiva sobre la verdad. No olvidemos: las leyes dejan de ser válidas si se refieren a fenómenos complejos. ¿Y qué fenómeno podría ser más complejo que la existencia humana?

Tal vez por ello no se resuelve el secreto de don Quijote. En su personalidad muy compleja, que ejemplifica más allá de sí mismo la complejidad



del ser humano, es en vano buscar reglas uniformes. No se pueden negar las inconsecuencias en él: cuando apenas hubo declarado que el asno era un corcel admitió que se trataba de un asno como lo había afirmado Sancho. O bien pretende ser Dulcinea una princesa pero después reconoce que es una campesina. La misma contradicción tenemos en la figura de Sancho que es un simple y un gobernador sabio. También recibimos informaciones contradictorias respecto al aspecto de ellos dos: al comienzo Cervantes habla de las piernas largas de Sancho que después queda caracterizado como bajo o la figura de don Quijote que permitiría imaginarnos un hombre ágil y fuerte deviene un hombre frágil, incapaz de llevar a cabo un duelo victorioso.

Es consabido que las fantasías del protagonista quedan contrabalanceadas con el sentido común de las palabras de los otros personajes de manera que dos mundos se confrontan: el irreal y el real (este, por supuesto, igualmente ficcional) y las leyes de cada cual son distintas. La dimensión del mundo de don Quijote es de otra escala. Nada más natural - según la caología - que dentro de los fractales de la obra que se refieren al mundo quijotesco los fenómenos queden sujetos a distintos cálculos. Pero si las leyes de este fractal se juzgan absurdas según las del mundo „real” es tan sólo la consecuencia de haberse transgredido la frontera del fractal de nuestra escala.

El mismo don Quijote vacila entre los dos fractales. Dice p.ej. en el cap. 67 a Sancho que los tesoros de los caballeros andantes son, como los de los duendes, aparentes y falsos.

Fuera de las discontinuidades en el aspecto físico o en las declaraciones - que se extienden igualmente sobre otros personajes - las tenemos también en los cambios de los nombres, en el tono y léxico del discurso de la misma persona. Operan a modo de fractales los distintos ambientes, como la naturaleza o la urbe, y el comportamiento de los personajes no se adaptan a las pautas que les habían caracterizado previamente, o sea, por atractor extraño (el distinto espacio) entra en nuevo cauce. La discontinuidad es evidente también en el manejo del tiempo: todo lo que acontece no puede realizarse desde la salida de don Quijote un día de los calurosos del mes de julio hasta su llegada a Barcelona la víspera de San Juan. Las dos partes de la novela acusan también cierta discontinuidad. La segunda comienza con una nueva dedicatoria y un nuevo prólogo que ya en sí rompen la plena coherencia de la obra. La discontinuidad equivale a la falta de causalidad. La estructura del *Quijote* consta de fragmentos, episodios que fácilmente podrían conmutarse entre sí sin crear confusión. Los fragmentos pertenecen muchas veces a otro género narrativo. Parece paradójico que Cervantes, que critica la falsa ilusión de los libros de caballería, inserte en su obra un episodio de ambiente pastoril así como casi todo género predilecto de la época dedicado a construir mundos eminentemente imaginarios. De otra parte, hace todo lo posible para contrarrestar

su aire sublime con elementos de la realidad vulgar. De esta mezcla se desprende la contradicción del discurso ora culto ora vulgar.

La unidad se echa también de menos en las declaraciones respecto al narrador de la historia. El que comienza la historia de don Quijote sólo después descubre un manuscrito árabe sobre el mismo tema y necesita aún a otro colaborador - fuera de Cide Hamete -, al traductor que le narre el contenido del manuscrito.

Tantas señas de falta de unidad, o sea, de la continuidad y coherencia sólo pueden ser intencionales y explican la dificultad que tienen los críticos al resolver el mensaje de la novela. Al hablar de la caología yo me propuse subrayar que lo determinado y lo indecible, dos aspectos fundamentales del universo que incluyen el orden y el desorden, posibilitan que el azar ayude reorganizar lo que está a punto de la disipación total. La grandeza del *Quijote* está justamente en validar la misma tendencia, o sea, hacer un todo de todas estas discontinuidades. Cervantes sabe lograr este milagro por tener él la misma experiencia de la vida y de los hombres siendo un pesimista sereno, como lo califica Félix Martínez-Bonati. Una persona así reconoce las contradicciones de la existencia como manifestaciones inevitables de la complejidad. Desprovisto de ilusiones no se había negado la esperanza.

Por ello, veo la necesidad de mirar el *Quijote* partiendo de su carácter éticosocial. La primera es el rol que asume don Quijote. Alasdair MacIntyre buscando un criterio concreto y fidedigno para asentar en qué consiste la moral a base de ejemplos que ofrece la historia de la humanidad, llega a la conclusión que ésta se realiza en el rol que cumple la persona en su comunidad, sea dentro de una familia, entre sus conciudadanos, o dentro de una nación. El rol que ocupa en su círculo restringido o mucho más amplio acusa su responsabilidad. Cada responsabilidad nace de una situación problemática o conflictiva, de algo que no va bien o cuya dificultad se preve.

Nadie podría decir que la época de Cervantes hubiera estado exenta de graves problemas. Vale indicar la ruina del sistema económico español, la pérdida de los mercados, la salida de la materia prima al extranjero, la decadencia de la industria pañera. Iniciativas que querían cambiar esta situación quedaron rechazadas por intereses aparentemente rivales. El Estado español fue incapaz de parar la decadencia. La estructura de la sociedad basada en capas privilegiadas llegó a dividir la nación en dos grupos, frente a la minoría que gozaba de derechos especiales, la mayoría tenía que cargarse de todos los impuestos y soportar las desventajas del sistema feudal tanto más anacrónico que incluía hasta la esclavitud que estaba en flagrante contradicción con el cristianismo.

Al ambiente de inseguridad contribuyó, de una parte, el recelo con el que fueron mirados todos los de origen judío o morisco y los intelectuales, muchas

veces miembros del alto clero con orientación erasmista, posibles víctimas de la Inquisición incansable y de los siempre dispuestos detractores y, de otra parte, la Justicia servicial condenando a galeras por delitos mínimos para asegurar el funcionamiento de esta arma indispensable en los combates navales. Uno de los negocios más fructuosos era apresar a cristianos por los sarracenos en el mar o hasta en la península con la ayuda de los moriscos. La caza de los futuros esclavos o galeotes era el deporte más lucrativo practicado por ingleses, italianos, franceses y españoles.

Al ímpetu heroico que después de la reconquista de Granada seguía estando alentado por las victorias conseguidas sobre los franceses, en Lepanto sobre los turcos, en el Atlántico sobre los corsarios pierde su vigor cuando no se pueden frenar los movimientos de independencia en los Países Bajos, cuando las cosas ya no andaban bien en Francia y sobre todo al ser derrotada la Armada Invencible.

La muerte de Santa Teresa de Ávila y San Juan de la Cruz cuyo misticismo seguía fomentando la religiosidad que tenía su máximo ejemplo en Felipe II, dado plenamente a sus deberes, abrió una nueva época, bajo Felipe III, que dejó el gobierno de sus Estados en manos de su valido, el conde de Lerma. El general relajamiento hizo perder todo lo que fue construido por los Reyes Católicos, Carlos V y Felipe II. La desesperanza, fruto de las derrotas, llevó consigo una inmoralidad puesto que la época más gloriosa del imperio, los triunfos exteriores no conducían a mitigar la pobreza y la miseria. Comenzaron a menospreciar los antiguos valores y buscaron mejorar la existencia individual, incluso a precio de acciones corruptas.

Cervantes, soldado en la gloriosa batalla de Lepanto, no pudo olvidar el valor de un gesto semejante. Sin embargo, sus experiencias como cautivo y la falta de ayuda que a su parecer hubiera merecido quien había defendido a su patria y al cristianismo le hicieron ver su sociedad depravada, sin ninguna ilusión. Como muchos en esta época - como Tomas Moro en Inglaterra - él también se ideó una utopía y ésta no era el mundo de la caballería, el del rey Artus y sus caballeros, sino la Edad de Oro de la cual le habla a Sancho en el capítulo XI : „dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados” donde no se conocen „el tuyo y el mío” donde, según el pensamiento renacentista, la naturaleza nutrió a la gente con sus frutos abundantes, no había diferencia de rango y todos vivían en paz, no había injusticia, ni engaño sino prevalecía la verdad y la libertad.

Sabiendo que tales condiciones no se pueden restablecer, piensa don Quijote asumir un rol que a su parecer cumplieron los caballeros de la Tabla Redonda hace no demasiados siglos. Era también una manera de luchar por la justicia y la verdad. Los libros de caballería le sirven de modelo porque su empresa era individual, pero no comparte sus ideas basadas en una sociedad aristocrática.

Los héroes de la Tabla Redonda jamás hubieran pensado en igualdad con un campesino. La elección de ser un caballero andante mostró a la vez la responsabilidad de don Quijote e incluyó su inevitable fracaso. Al final de la novela el reconocimiento de su locura previa apunta tal vez al hecho de que don Quijote jamás era un loco en el sentido médico de la palabra, tan sólo un idealista que, según las leyes inexorables de la vida, se había dado de cabezadas contra las paredes. Hay un juego evidente entre sus dos actitudes al comienzo y al final de la novela: se aniquilian y se valorizan mutuamente.

Las aventuras subsecuentes son simétricas sin estar creadas en moldes idénticos. Por lo tanto, es indecible el efecto sujeto a circunstancias casuales, o sea, al azar. Determinación y libertad están presentes en la serie, el desafío tendrá una respuesta cada vez distinta y don Quijote hasta llega a celebrar su victoria como en el caso del barbero. Es el azar mismo que pone delante de él a sus supuestos adversarios y la aventura tiene a veces giros insospechables. El juego entre lo que corresponde y lo que contradice a nuestra expectativa logra crear una unidad y da origen a una sensación difícil de precisar, tal cual es la sensación estética.

El rol que se escoge no está en armonía con su deseo de recuperar la Edad de Oro. La decisión de don Quijote de restablecer una moralidad perdida en la sociedad, sin buscar la ayuda de una comunidad, es fruto también de la importancia atribuida por el Renacimiento al individuo, pero es a la vez un gesto desesperado, un grito de alguien que quiere despertar, amonestar, pero muy a fondo de su alma sabe que el mundo no se fijará. La presencia conjunta de determinismo y libertad cuyos equivalentes en el lenguaje del corazón de Cervantes son resignación y esperanza que se ofrecen en el embalaje divertido y elegante de la ironía en proporciones variables. A la *quijotada* en húngaro corresponde *lucha contra molinos de viento*. Esta expresión, en vez de referirse a una acción insensata, más bien acentúa su inutilidad que no tendrá ningún resultado. Estoy muy contenta que en la empresa de don Quijote lo que nosotros húngaros descubrimos no era la locura del desafiador sino la fría resistencia del adversario, del mundo circundante.

Don Quijote activo – en sus acciones – tiene libertad aun cuando ha de pagar bien caro por sus acciones. El determinismo debido a los atractores extraños (extraños a don Quijote y su visión) contrabalancea la libertad del protagonista, pero no puede impedir una nueva acción. La proporción entre las dos tendencias está del todo cambiada en la segunda parte donde no es don Quijote que en su fantasía transforma la realidad en fenómenos imaginarios, o sea, queda la fuente de *El engaño* (de facto autoengaño) sino *el engaño* viene desde fuera, de parte de Tomás Carrasco, de los duques o don Antonio Moreno. Por lo tanto, el gesto caballeresco de don Quijote para socorrer a la dueña Dolorida no nace de su albedrío por ser un títere en las manos de los duques. Lo que pasa está determinado

desde el primero hasta el último momento. Es tal vez una coincidencia que en el episodio de Maese Pedro se trate de títeres como si fueran una imagen reflejada de don Quijote manejado por todos los que quieren distraerse a sus expensas. Descabezando a las figurillas de la titerera, su subconciencia parece buscar salida a semejante humillación.

La segunda parte se dedica a hacer regresar a don Quijote al mundo „real”, o sea, que renuncie a su papel de insistir en los valores de igualdad, paz, verdad, justicia, libertad como lo había demostrado Heinz-Peter Endress en su libro: *Los ideales de Don Quijote*. A su parecer don Quijote ampliaba el ideal caballeresco de manera que se adaptaba a la idea de la Edad de Oro. En vista de su afirmación la sociedad imaginaria de don Quijote sería aquel fractal de otra escala con sus leyes distintas. No olvidemos que la absurdidad de ésta la asegura un mundo incapaz de conciliar sus ideales y su práctica donde prevalece el determinismo, la resignación, el compromiso, donde los esfuerzos para aproximar la práctica a los ideales no son más que una lucha contra molinos de viento.